

**INSTITUTO ALBERTO MERANI
NIVELACIÓN DE MACROPROPOSICIONES II.
CONTEXTUAL A Y ALFA.**

Propósitos de la nivelación:

- ✓ Elabora la estructura semántica de textos expositivos y argumentativos. Reconoce las oraciones esenciales de los textos y las puede organizar jerárquicamente.
- ✓ Comprende las diferencias esenciales entre los textos argumentativos y expositivos según su intención comunicativa.
- ✓ Elabora la estructura semántica de discursos narrativos (diégesis) (cine y literatura)
- ✓ Realiza inferencias a partir de carteles publicitarios y comerciales televisivos.

I. Lea con atención en el siguiente texto. Se le aconseja resaltar las oraciones esenciales para separarlas de la información secundaria o adicional.

La importancia de leer.

La experiencia de leer, escuchar y contar historias sigue ejerciendo una atracción tal sobre niños, adolescentes y adultos, que todavía ni la televisión ni Internet ni toda la parafernalia de los juegos electrónicos han logrado emular. Por eso, resulta oportuno -ahora que, las clases han comenzado en casi todas las escuelas de la Argentina- volver sobre este tema: la importancia de la lectura para una sociedad como la nuestra, que apenas empieza a salir adelante después de vivir una de las más importantes crisis social y económica de su historia.

Una muy reciente visita al país del pedagogo italiano Francesco Tonucci sirvió para entrar en contacto con las ideas de un reconocido especialista que no le tiene miedo a imaginar soluciones posibles a la decadencia de la enseñanza en todo el mundo. Por esa razón, prestigia el "milagro de la lectura", como lo llama, por sobre muchas otras actividades escolares: "Leerles a los chicos 15 minutos por día es llevarlos al milagro de la lectura". Y agrega otro pensamiento, fundamental para poner en marcha el acto educativo: "Un buen maestro es alguien a quien le gusta leer".

El acto de leer, ya sea que uno escuche leer o lea para sí o en voz alta para otro, es aprendizaje y *divertimento*. Quien haya estado alguna vez en un aula sabe bien del estado de encantamiento en que caen los niños y adolescentes cuando se les lee un cuento. Pero para tener alumnos lectores, no basta sólo con un maestro lector. Es fundamental que en el hogar de esos niños haya padres lectores, que haya una pequeña biblioteca, que haya, en fin, esos objetos casi mágicos que son los libros. ¿Cómo puede un niño entender la importancia de leer si nunca ha visto a su padre hacerlo, si nunca ha deseado intensamente poder leer también él solo como lo hace su madre cuando le lee en voz alta?

Justo es reconocer que dentro de la sociedad argentina se están haciendo grandes esfuerzos para reparar esa deficiencia. Y eso ocurre tanto en el ámbito institucional como en el privado: los ministerios de Educación, Ciencia y Tecnología, y de Justicia, por un lado, y entidades privadas como ONG y asociaciones civiles, por el otro. El Ministerio de Educación desarrolla desde hace casi cuatro años una campaña nacional de lectura, a través de la edición de cuentos para distribuir en las canchas de fútbol, en los hospitales, en los medios de transporte y hasta en las peluquerías, además de unirse a reconocidas fundaciones, como la Fundación Mempo Giardinelli y sus Abuelas y Abuelos Cuentacuentos (una selección de cuentos para chicos de 5 a 7 años), que han llevado su

ejemplo más allá de su provincia, Chaco, y ya están llegando a la ciudad de Buenos Aires junto con PAMI y la Fundación YPF (Cuentos para compartir entre adultos y niños, abuelos y nietos, para disfrutar juntos del placer de la lectura).

Una destacable iniciativa fue la del Ministerio de Justicia, cuando, con la colaboración de los presos que trabajan en los talleres braille de unidades penitenciarias, presentó en la Feria del Libro de 2005 una serie de cuentos fundamentales de los principales escritores argentinos en ese sistema para ser entregados a colegios de niños invidentes. Cabe señalar también la intensa actividad de la Fundación Leer, que desde 1997 no ha dejado de trabajar en la formación del hábito lector. En la localidad de Moreno, esta ONG comenzará a implementar, junto con 14 centros de desarrollo integral municipales, el programa La Importancia de Leer, destinado a fortalecer las capacidades del personal de los centros que atiende a niños de hasta 5 años; en breve, todos ellos tendrán sus rincones de lectura, con libros nuevos elegidos por los directivos de acuerdo con las edades de los chicos, también para paliar el enorme vacío que hay para niños de esta edad, que no tienen acceso a la educación formal oficial.

Vale la pena recordar una última enseñanza que, como buen pedagogo, dejó Tonucci en su paso por el país: la lectura es un placer que se contagia; no se impone. La sociedad argentina no puede desperdiciar una de las herramientas fundamentales para que una comunidad crezca, pero tampoco puede, por negligencia o ignorancia, darse el gusto de ver desaparecer lo que una vez fue uno de los rasgos de su identidad como país: las editoriales más importantes en español de América latina en el siglo XX fueron argentinas. Y lo fueron porque los argentinos eran grandes lectores.

Tomado:

[http://www.lanacion.com.ar/archivo/nota.asp?nota_id=888670&origen=acumulado
&acumulado_id=](http://www.lanacion.com.ar/archivo/nota.asp?nota_id=888670&origen=acumulado&acumulado_id=)

Diario La Nación. Lunes 5 de Marzo de 2007. Editorial II.

Exterminio de indígenas.

Por: Rafael Orduz.

Sin duda, algunos indicadores han mejorado en los últimos años, aunque en comparaciones internacionales los hechos de violencia que acontecen en el país siguen siendo brutales, como puede verificarse en la información que suministran agencias de las Naciones Unidas como ACNUR o el PNUD, según el cual ostentamos el subcampeonato mundial de refugiados internos después de Afganistán. De hecho, el Registro Único de la Población Desplazada reconoce 2,9 millones de personas en situación de desplazamiento entre 1997 y 2009.

No obstante, dado que la plataforma de los actos violentos de los noventa y comienzos del siglo estaba en tal nivel, las mejoras, medibles invitan a creer que las cosas van bien. Las tasas de homicidios y secuestros, por ejemplo, eran de tal magnitud, que las actuales representan una indudable mejoría.

Tomando las fuentes oficiales (Programa Presidencial de DH y DIH, Observatorio), los indicadores de seguridad en el país muestran que hay menos homicidios y secuestros en 2009 que en 2008, menos voladuras de torres y ataques contra puentes y vías. Hechos insoslayables a la luz de la información disponible.

El lío de los indicadores conduce, lamentablemente, a procesos de despersonalización que ocultan la gravedad de lo que sigue ocurriendo para determinados grupos de población. El lenguaje de las cifras lleva, entonces, a decir que el número de masacres entre enero y octubre de 2009 fue de 24, frente a 25 del año inmediatamente anterior. O que el número de desplazados internos (“personas expulsadas”) fue de “sólo” 248 mil en 2009 frente a 354 mil en 2008. Sumatorias válidas que, no obstante, esconden el drama humanitario que el país vive aún.

Aun en términos de las cifras frías, hay más víctimas de masacres en 2009 que en 2008 (119 frente a 113).

El asesinato de indígenas es una vergüenza nacional. Sin incluir los datos de noviembre, las cifras oficiales dan cuenta de un aumento del 64% en el monto de homicidios de indígenas en 2009, al pasar de 59 (2008) casos a 97, según la citada fuente oficial.

Víctimas de la guerrilla y las bandas armadas criminales (¿de nuevo cuño?), muertos y ahuyentados de sus territorios por estorbar corredores del narcotráfico o terrenos aptos para grandes proyectos de infraestructura, la “civilización colombiana” está matando a los indígenas, física y culturalmente, al despedazar sus formas de vida, ante la indiferencia general y los oídos sordos a las alarmas.

Hay alrededor de un millón y medio de indígenas en Colombia, distribuidos en 87 pueblos. Los awás, residentes en el departamento de Nariño, víctimas principalmente de las Farc, son uno de ellos. Si son, aproximadamente, 21.000, y entre septiembre de 2008 y agosto de 2009 les matan 50, la tasa de homicidios de 2009 para ese pueblo indígena es de 238 por cada 100 mil habitantes. Escandaloso indicador que obliga a la sociedad colombiana a tomar cartas en el asunto y al Gobierno, a protegerlos y garantizar su seguridad.

- 1) ¿Cuál de los textos anteriores es un texto expositivo? Justifique su respuesta.
- 2) ¿Cuál de los textos anteriores es un texto argumentativo? Justifique su respuesta.
- 3) Elabore la estructura semántica del discurso expositivo: Plantee la macroproposición esencial y por lo menos cinco macroproposiciones secundarias que la sustenten, luego organícelas jerárquicamente. Recuerde construir oraciones compuestas que tengan un sentido completo. Luego formule la intención comunicativa del discurso.
- 4) Construya la estructura semántica del discurso argumentativo: Plantee la tesis o idea central, así como por lo menos cinco argumentos que utiliza el autor para sustentar dicho punto de vista, organícelas jerárquicamente, plantee la intención comunicativa, los recursos de persuasión y la población a la que específicamente va dirigido (género, clase social, edad). Recuerde construir oraciones compuestas que tengan un sentido completo.

II. Lectura de otros discursos:

- ✓ Observe atentamente el siguiente cartel publicitario:



(Slogan: Tu color de piel no debería determinar tu futuro)

5) Analice cada una de las variables necesarias para interpretar un cartel publicitario, justifique suficientemente cada una de sus respuestas:

Recuerde tener en cuenta:

- Intención comunicativa.
- Macroproposición general.
- Macroproposiciones que pueden inferirse del cartel.
- Población: público al que el cartel se dirige especialmente.
- Recursos de persuasión: estrategias utilizadas para convencer al espectador.

III. Estructura semántica de narraciones:

Cuando realizamos la estructura semántica de narraciones las categorías de análisis son otras, recordémoslas:

- 1) Tiempo de la narración
- 2) Tiempo histórico
- 3) Espacio.
- 4) Personajes principales.
- 5) Conflictos entre personajes.
- 6) Tipo de narrador.
- 7) Interpretación: Está estrechamente relacionado con el conflicto principal del relato.

Realice la estructura semántica de los siguientes relatos, esta estructura determinará el éxito que usted pueda tener al responder el examen de nivelación:

“Algunas peculiaridades de los ojos”

Por: Philip K. Dick

Descubrí por puro accidente que la Tierra había sido invadida por una forma de vida procedente de otro planeta. Sin embargo, aún no he hecho nada al respecto; no se me ocurre qué. Escribí al gobierno, y en respuesta me enviaron un folleto sobre la reparación y mantenimiento de las casas de madera. En cualquier caso, es de conocimiento general; no soy el primero que lo ha descubierto. Hasta es posible que la situación esté controlada.

Estaba sentado en mi butaca, pasando las páginas de un libro de bolsillo que alguien había olvidado en el autobús, cuando topé con la referencia que me puso en la pista. Por un momento, no reaccioné. Tardé un rato en comprender su importancia. Cuando la asimilé, me pareció extraño que no hubiera reparado en ella de inmediato.

Era una clara referencia a una especie no humana, extraterrestre, de increíbles características. Una especie, me apresuro a señalar, que adopta el aspecto de seres humanos normales. Sin embargo, las siguientes observaciones del autor no tardaron en desenmascarar su auténtica naturaleza. Comprendí en seguida que el autor lo sabía todo. Lo sabía todo, pero se lo tomaba con extraordinaria tranquilidad. La frase (aún tiemblo al recordarla) decía:

... sus ojos pasearon lentamente por la habitación.

Vagos escalofríos me asaltaron. Intenté imaginarme los ojos. ¿Rodaban como monedas? El fragmento indicaba que no; daba la impresión que se movían por el aire, no sobre la superficie. En apariencia, con cierta rapidez. Ningún personaje del relato se mostraba sorprendido. Eso es lo que más me intrigó. Ni la menor señal de estupor ante algo tan atroz. Después, los detalles se ampliaban.

... sus ojos se movieron de una persona a otra.

Lacónico, pero definitivo. Los ojos se habían separado del cuerpo y tenían autonomía propia. Mi corazón latió con violencia y me quedé sin aliento. Había descubierto por casualidad la mención a una raza desconocida. Extraterrestre, desde luego. No obstante, todo resultaba perfectamente natural a los personajes del libro, lo cual sugería que pertenecían a la misma especie.

¿Y el autor? Una sospecha empezó a formarse en mi mente. El autor se lo tomaba con demasiada tranquilidad. Era evidente que lo consideraba de lo más normal. En ningún momento intentaba ocultar lo que sabía. El relato proseguía:

... a continuación, sus ojos acariciaron a Julia.

Julia, por ser una dama, tuvo el mínimo decoro de experimentar indignación. La descripción revelaba que enrojecía y arqueaba las cejas en señal de irritación. Suspiré aliviado. No todos eran extraterrestres. La narración continuaba:

... sus ojos, con toda parsimonia, examinaron cada centímetro de la joven.

¡Santo Dios! En este punto, por suerte, la chica daba media vuelta y se largaba, poniendo fin a la situación. Me recliné en la butaca, horrorizado. Mi esposa y mi familia me miraron, asombrados.

- ¿Qué pasa, querido? Preguntó mi mujer.

No podía decírselo. Revelaciones como ésta serían demasiado para una persona corriente. Debía guardar el secreto.

-Nada. Respondí, con voz estrangulada.

Me levanté, cerré el libro de golpe y salí de la sala a toda prisa.

Seguí leyendo en el garaje. Había más. Leí el siguiente párrafo, temblando de pies a cabeza:

... su brazo rodeó a Julia. Al instante, ella pidió que se lo quitara, cosa a la que él accedió de inmediato, sonriente.

No consta qué fue del brazo después que el tipo se lo quitara. Quizá se quedó apoyado en la pared, o lo tiró a la basura. Da igual en cualquier caso, el significado era diáfano.

Era una raza de seres capaces de quitarse partes de su anatomía a voluntad. Ojos, brazos..., y tal vez más. Sin pestañear. En este punto, mis conocimientos de biología me resultaron muy útiles. Era obvio que se trataba de seres simples, unicelulares, una especie de seres primitivos compuestos por una sola célula. Seres no más desarrollados que una estrella de mar. Estos animalitos pueden hacer lo mismo.

Seguí con mi lectura. Y entonces topé con esta increíble revelación, expuesta con toda frialdad por el autor, sin que su mano temblara lo más mínimo:

... nos dividimos ante el cine. Una parte entró, y la otra se dirigió al restaurante para cenar.

Fisión binaria, sin duda. Se dividían por la mitad y formaban dos entidades. Existía la posibilidad que las partes inferiores fueran al restaurante, pues estaba más lejos, y las superiores al cine. Continué leyendo, con manos temblorosas. Había descubierto algo importante. Mi mente vaciló cuando leí este párrafo:

... temo que no hay duda. El pobre Bibney ha vuelto a perder la cabeza.

Al cual seguía:

... y Bob dice que no tiene entrañas.

Pero Bibney se las ingeniaba tan bien como el siguiente personaje. Éste, no obstante, era igual de extraño. No tarda en ser descrito como:

... carente por completo de cerebro.

El siguiente párrafo despejaba toda duda. Julia, que hasta el momento me había parecido una persona normal se revela también como una forma de vida extraterrestre, similar al resto:

... con toda deliberación, Julia había entregado su corazón al joven.

No descubrí a qué fin había sido destinado el órgano, pero daba igual. Resultaba evidente que Julia se había decidido a vivir a su manera habitual, como los demás personajes del libro. Sin corazón, brazos, ojos, cerebro, vísceras, dividiéndose en dos cuando la situación lo requería. Sin escrúpulos.

... a continuación le dio la mano.

Me horroricé. El muy canalla no se conformaba con su corazón, también se quedaba con su mano. Me estremezco al pensar en lo que habrá hecho con ambos, a estas alturas.

... tomó su brazo.

Sin reparo ni consideración, había pasado a la acción y procedía a desmembrarla sin más. Rojo como un tomate, cerré el libro y me levanté, pero no a tiempo de soslayar la última referencia a esos fragmentos de anatomía tan despreocupados, cuyos viajes me habían puesto en la pista desde un principio:

... sus ojos le siguieron por la carretera y mientras cruzaba el prado.

Salí como un rayo del garaje y me metí en la bien caldeada casa, como si aquellas detestables cosas me persiguieran. Mi mujer y mis hijos jugaban al monopolio en la cocina. Me uní a la partida y jugué con frenético entusiasmo. Me sentía febril y los dientes me castañeteaban.

Ya había tenido bastante. No quiero saber nada más de eso. Qué vengan. Qué invadan la Tierra. No quiero mezclarme en ese asunto.

No tengo estómago para esas cosas.

Uno de cada tres.

Por Augusto Monterroso.

“Más querría encontrar quién oyera las mías que a quién me narre las suyas”
PLAUTO.

Está dentro de mis cálculos que usted se sorprenda al recibir esta carta. Es probable, también, que al principio la tome como una broma sangrienta, y casi seguro que su primer impulso sea el de destruirla y arrojarla lejos de sí. Y, no obstante, difícilmente caería en un error más grave. Vaya en su descargo que no sería el primero en cometerlo, ni el último, desde luego, en arrepentirse.

Se lo diré con toda franqueza: me da usted lástima. Pero este sentimiento no sólo resulta natural, sino que está de acuerdo con sus deseos. Pertenece usted a esa taciturna porción de seres humanos que encuentran en la conmiseración ajena un lenitivo a su dolor. Le ruego que se consuele: su caso nada tiene de extraño. Uno, de cada tres, no busca otra cosa, en las más disimuladas formas. Quien se queja de una enfermedad tan cruel como imaginaria, la que se anuncia abrumada por el pesado fardo de los deberes domésticos, aquel que publica versos quejumbrosos (no importa si buenos o malos) todos están implorando, en el interés de los demás, un poco de la compasión que no se atreven a prodigarse a sí mismos. Usted es más honrado: desdeña versificar su amargura, encubre con elegante decoro el derroche de energía que le exige el pan cotidiano, no se finge enfermo. Simplemente cuenta su historia, y, como haciendo un gracioso favor a sus amigos, les pide consejos con el oscuro ánimo de no seguirlos.

A usted le intrigará cómo me he enterado de su problema. Nada más sencillo: es mi oficio. Pronto le revelaré qué oficio sea éste.

Continúo. Hace tres días, bajo un sol matinal poco común, abordó usted un autobús en la esquina de Reforma y Sevilla. Con frecuencia las personas que afrontan esos vehículos lo hacen con expresión desconcertada y se sorprenden cuando encuentran en ellos un rostro familiar. ¡Qué diferencia en usted! Me bastó ver el fulgor con que brillaron sus ojos al descubrir una cara conocida entre los sudorosos pasajeros, para tener la seguridad de haberme topado con uno de mis favorecedores.

Obedeciendo a un hábito profesional agucé furtivamente el oído. Y en efecto, no bien había usted cumplido, de prisa, con los saludos de rigor, se produjo el inevitable relato de sus desgracias. Ya no me cupo duda. Expuso los hechos en tal forma que era fácil ver que su amigo había recibido las mismas confidencias no más allá de veinticuatro horas antes. Seguirlo durante todo el día hasta descubrir su domicilio fue como de costumbre la parte de mis disciplinas que, me gustaría saber la razón, cumplo con más placer.

Ignoro si esto le servirá de enojo o de alegría; pero me veo en la urgencia de repetirle que su caso no es singular. Voy a exponerle en dos palabras el proceso de su situación presente. Y si, aunque lo dudo, me equivoco, tal error no será otra cosa que la confirmación de la infalible regla.

Padece usted una de las dolencias más normales en el género humano: la necesidad de comunicarse con sus semejantes. Desde que comenzó a hablar, el hombre no ha encontrado nada más grato que una amistad capaz de escucharlo con interés, ya sea para el dolor como para la dicha. Ni aun el amor se iguala a este sentimiento. Hay quienes se conforman con un amigo. Existen aquellos a quienes no les bastan mil. Usted corresponde a los últimos, y en esa simple correspondencia se originan su desgracia y mi oficio.

Me atrevería a jurar que se inició usted refiriendo su conflicto amoroso a un amigo íntimo, y que éste lo escuchó atento hasta el fin y le ofreció las soluciones que creyó oportunas. Pero usted, y de aquí arranca el interminable encadenamiento, no consideró acertadas esas fórmulas. Si le propuso con firmeza cortar, como se dice, por lo sano, usted encontró más de un motivo para no dar por perdida la batalla; si, por el contrario, su consejo fue seguir el asedio hasta la conquista de la plaza, usted se inundó de pesimismo y lo vio todo negro y perdido. De ahí a buscar el remedio en otra persona apenas si hay algo más que un paso. ¿Cuántos dio usted?

Emprendió un esperanzado peregrinaje, hasta agotar su concurrida libreta de direcciones. Incluso trató (con éxito creciente) de entablar nuevas relaciones para apurar el tema. No es extraño que de pronto reparara en que el día tiene tan sólo veinticuatro horas, y en que esa desconsideración astronómica constituía un monstruoso factor en su contra. Fue preciso multiplicar los medios de locomoción y planear un horario de sutil exactitud. El uso metódico del teléfono vino en su auxilio y ensanchó, es cierto, sus posibilidades; pero este anticuado sistema todavía es un lujo, y el setenta por ciento de aquellos a quienes usted quiere mantener enterados carecen de esa dudosa ventaja.

No contento con los desvelos y el insomnio, principió usted a madrugar para ganar un tiempo cada vez más fugitivo e irreparable. El descuido de su aseo personal se hizo notorio: la barba le creció montaraz; sus pantalones, antes impecables, se vieron invadidos por las rodilleras, y un terco polvo gris cubrió de pesadumbre sus zapatos. Le pareció injusto, pero tuvo que aceptar el hecho de que, si bien usted madrugaba lleno de entusiasmo, escaseaban los amigos dispuestos a compartir esa vehemencia matinal. Así, ¿hay que decirlo?, ha llegado el momento ineludible en que usted es físicamente incapaz de conservar bien informado al amplio círculo de sus relaciones sociales.

Ese momento es también mi momento. Por una modesta suma mensual yo le ofrezco la solución más apropiada. Si usted la acepta—y puedo asegurar que lo hará porque no le queda otro remedio—relegará al olvido el incesante deambular, las rodilleras, el polvo, la barba, los fatigosos telefonemas.

En pocas palabras: estoy en condiciones de poner a su disposición una excelente radiodifusora especializada. Dispongo en la actualidad (por el sensible fallecimiento de un antiguo cliente afectado por la Reforma Agraria) de un cuarto de hora que si tomamos en cuenta lo avanzado de sus confidencias, sería más que suficiente para sostener a sus amistades ya no digamos al día, pero al minuto, de su apasionante caso.

Creo de más enumerar a usted las ventajas de mi método. Sin embargo, le insinuaré algunas.

1.^a El efecto sedante sobre el sistema nervioso está garantizado desde el primer día.

2.^a Discreción asegurada. Aun cuando su voz podrá ser recibida por cualquier sujeto poseedor de un aparato de radio, juzgo improbable que personas ajenas a su amistad quieran seguir una confidencia cuyos antecedentes desconocen. Así, se descarta toda posibilidad de curiosidad malsana.

3.^a Muchos de sus amigos (que hoy escuchan con desgano la versión directa) se interesarán vivamente por la audición radiofónica con sólo que usted mencione en ella sus nombres en forma abierta o alusiva.

4.^a Todos sus conocidos estarán informados al mismo tiempo de los mismos hechos. Circunstancia que evita celos y reclamaciones posteriores, pues solamente un descuido, o un azaroso desperfecto en el aparato propio, colocaría a alguno en desventaja respecto de los demás. Para eliminar esa contingencia deprimente cada programa se inicia con una breve sinopsis de lo narrado con anterioridad.

5.^a E1 relato cobra mayor interés y variedad, y puede amenizarse, cuando así se considere oportuno, con ilustrativas selecciones de arias de ópera (no insistiré sobre la riqueza sentimental de las italianas) y trozos de los grandes maestros. Un fondo musical adecuado es obligatorio por reglamento. Además, una amplia discoteca, en la que se recogen hasta los más increíbles ruidos que el hombre y la naturaleza producen, está al servicio del suscriptor.

6.^a E1 relator no ve la cara de los oyentes, lo que evita toda suerte de inhibiciones, tanto para él como para los que lo escuchan.

7.^a Siendo la audición una vez al día y por un cuarto de hora, el confidente dispone de veintitrés horas y tres cuartos de hora adicionales para preparar sus textos, impidiendo así, en absoluto, contradicciones molestas y olvidos involuntarios:

8.^a Si el relato alcanza éxito y al número de amigos y conocidos se suma una considerable cantidad de oyentes espontáneos, no es difícil encontrar casa patrocinadora, lo que une a las ventajas ya registradas cierta factible ganancia monetaria que, de ir creciendo, abriría las posibilidades de absorber las veinticuatro horas del día y convertir, así, una simple audición de quince minutos en un programa ininterrumpido de duración perpetua. Mi honestidad me obliga a confesar que hasta ahora no se ha producido este caso, pero ¿por qué no esperararlo de su talento?

Este es un mensaje de esperanza. Tenga fe. Por lo pronto, piense con fuerza en esto: el mundo está poblado de seres como usted. Sintonice su aparato receptor exactamente en los 1373 kilociclos, en la banda de 720 metros. A cualquier hora del día o de la noche, en invierno o en verano, con lluvia o con sol, podrá escuchar las voces más diversas e inesperadas, pero también más llenas de melancólica serenidad: la de un capitán que refiere, desde hace más de catorce años, cómo se hundió su barco bajo la aciaga tormenta sin que él se decidiera a compartir su suerte; la de una mujer minuciosa que extravió a su único hijo en la poblada noche de un 15 de septiembre; la de un delator atormentado por el remordimiento; la de un ex dictador centroamericano, la de un ventrílocuo. Todos contando interminablemente su historia, todos pidiendo compasión.